

VICENTE VIDE RODRÍGUEZ *

EL FACTOR DIOS Y LAS IDENTIDADES NACIONALES

La relación entre Dios y nación constituye una cuestión compleja y difícil de abordar. Requiere una serie de consideraciones históricas para las que aquí no hay lugar. Estamos ante un tema de gran importancia para los estudiosos de los nacionalismos hasta el punto de llegar a afirmar uno de ellos, Joseph R. Llobera, lo siguiente:

«En última instancia el éxito del nacionalismo en la modernidad debe atribuirse, en gran parte, al carácter sagrado que la nación ha heredado de la religión... La nación es el dios secularizado de nuestro tiempo»¹.

Comenzaré indicando algunos elementos fundamentales que conviene tener en cuenta en el proceso de construcción de las identidades nacionales. Me centraré en la presencia del hecho religioso y, dentro de él, en el factor Dios, en la configuración histórica de las identidades nacionales. Seguidamente intentaré mostrar la compleja interrelación dialéctica que se da entre el monoteísmo cristiano y el desarrollo de las nacionalidades. Por último, analizaré esta relación en el caso del na-

* Profesor de Teología Fundamental y Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto.

¹ J. R. LLOBERA, *El dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*, Anagrama, Barcelona 1996, 290.

cionalismo vasco. Y concluiré ofreciendo unas contribuciones del cristianismo a la relación entre Dios y nación².

1. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

La identidad nacional es el resultado de un complejo proceso en el que intervienen multitud de factores. El factor religioso y, dentro de él, el factor Dios, esto es, la fe monoteísta es uno de ellos. En gran parte la fuerza del nacionalismo hoy deriva sobre todo de su capacidad de crear un sentido de identidad. En un mundo corroído por la duda y la fragmentación, y carente de ideologías capaces de dar un sentido supraindividual a la vida, el nacionalismo se convierte en una potente energía dadora de sentido. La cultura común, la tierra, un mito de origen, la voluntad de construir un futuro y cuando es posible, una lengua, son elementos básicos que favorecen el surgimiento de una conciencia común. La cultura facilita la aparición de una solidaridad específica mediante la cual los individuos se relacionan entre sí, con los demás y con la naturaleza.

El nacionalismo se basa en la tradición como elemento común que trasciende la vida de los individuos. Supone un proceso dinámico y continuo en el que los símbolos son recreados constantemente y adquieren nuevos significados. La celebración de rituales comunes fomenta el sentimiento de unidad entre los miembros de la nación. La exhibición de ciertos símbolos identificados con la vida del grupo enciende profundas pasiones que no pueden ser reducidas al producto de una causalidad racional. La extraordinaria potencia del nacionalismo hoy en día sólo puede ser comprendida desde su dimensión irracional, en la que coincide con el sentimiento religioso, concebido desde R. Otto, como el sentimiento irracional de lo totalmente otro, de lo tremendo y fascinante.

DEFINICIÓN DE NACIÓN

Constituye una cuestión sumamente compleja hasta tal punto que no hay unanimidad entre los autores a la hora de definir qué se en-

² Una buena parte de las reflexiones que aquí propongo fueron expuestas en el curso de verano «Dios para pensar» que tuvo lugar en El Escorial durante el verano del 2002.

tiende por nación. Además, la expresión de la identidad colectiva en las sociedades secularizadas no adopta ya el formato étnico, del grupo de la misma estirpe o linaje, propio de las sociedades tradicionales. El componente moderno de la nación radica en la capacidad de generar en ciertos grupos humanos un sentimiento específico de solidaridad frente a otros grupos, una comunalidad compartida basada en una convicción emocional más que en una convicción racional³. Según Anthony D. Smith, toda comunidad étnica se caracteriza por cinco rasgos principales:

1. «El mito de la ascendencia colectiva o del origen común, según el cual los miembros de una etnia consideran que ésta se compone de familias relacionadas que forman una gran familia.
2. Recuerdos históricos compartidos: mitos de elección, fundación, liberación, emigración, que sirven como instrumento de cohesión.
3. Identificación con la tierra de los antepasados, *locus* sagrado que ha de transmitirse de generación en generación, bajo las claves de «es allí de donde somos» (donde estamos religados, diría yo), «somos suyos en la medida en que la tierra es nuestra».
4. Uno o varios elementos de la cultura diferenciales (lengua, religión).
5. Solidaridad entre amplios sectores de la población, conciencia de grupo»⁴.

Teniendo en cuenta los factores señalados, seguiré las definiciones de nación propuestas por A. Smith y M. Guibernau. A. Smith entiende por nación «un grupo humano designado por un gentilicio y que comparte un territorio histórico, recuerdos históricos y de mitos colectivos, una cultura de masas pública, una economía unificada y derechos y deberes legales iguales para todos sus miembros»⁵. M. Guibernau define la nación como «un grupo humano consciente de formar una comunidad, que comparte una cultura común, está ligado a un territorio claramente delimitado, tiene un pasado común y un proyecto colectivo para el futuro y reivindica el derecho a la autodeterminación»⁶.

³ CÉ. J. BERIAIN, *La lucha de los dioses en la modernidad. Del monoteísmo religioso al politeísmo cultural*, Anthropos en coedición con la Univ. Central de Venezuela y la Universidad Pública de Navarra, Barcelona 2000, 172.

⁴ A. SMITH, *La identidad nacional*, Trama, Madrid 1997, 19.

⁵ *Ibidem*, 39.

⁶ M. GUIBERNAU, *Los nacionalismos*, Ariel, Barcelona 1996, 58.

DEFINICIÓN DE NACIONALISMO

Según Salvador Giner el concepto de nacionalismo es el más resbaladizo para un análisis sereno de la realidad social hoy. Y es que, según este autor, la nación no existe más que en función del nacionalismo:

«las etnias podrán tal vez ser naciones en sí, pero lo son plenamente sólo cuando sus miembros cobran conciencia de ellas y se ponen en movimiento para darse sustancia política. Por ello puede decirse que la nación moderna es una invención del nacionalismo y no al revés»⁷.

Y curiosamente en base a esta afirmación, señala Giner el carácter religioso del nacionalismo:

«Y también que (la nación) es un objeto de culto, un ámbito sacro para quienes sienten por ella la reverencia que pide y los sacrificios que, como cualquier otro dios, pide de sus hijos»⁸.

Para este autor, «el nacionalismo es un estado de conciencia colectiva que afirma la particularidad, los privilegios y los derechos específicos de un pueblo... Es, además, un estado de ánimo colectivo que moviliza o intenta movilizar a un pueblo para la realización de sus anunciados derechos inalienables»⁹. El nacionalismo resulta así ser una pasión, pero inefable, mística, religiosa, que comporta una consagración de la tribu moderna, al revestirla de un halo numinoso y escatológico. Por ello, no hay por qué oponer nacionalismo a religión sobrenatural. Ha habido nacionalismos que se han opuesto a religiones sobrenaturales, como el de la Revolución Francesa, presentándose como anticlerical y ateo, o el de la Revolución bolchevique, que fue una clara religión política sustitutiva de la sobrenatural. Pero también ha habido nacionalismos, como el españolista del nacionalcatolicismo durante la Guerra civil y la Dictadura Franquista, o el sionista israelí, o los nacionalismos islámicos, o los que han assolado los Balcanes a fines del siglo XIX que son nacionalismos esencialmente confesantes en materia de religión. Más aún hay ciertos nacionalismos que son inconcebibles sin sus religiones sobrenaturales respectivas, como sucede con los nacionalismos polaco, armenio o vasco.

⁷ S. GINER, «Prólogo» de M. GUIBERNAU, *Los nacionalismos*, Ariel, Barcelona 1996, 2.

⁸ *Ibidem*, 2.

⁹ *Ibidem*, 2.

ALGUNAS APROXIMACIONES AL NACIONALISMO

A la hora de abordar la relación entre religión y nación conviene tener en cuenta algunas aproximaciones en el estudio del fenómeno del nacionalismo. Destaco únicamente unas cuantas por su relevancia en los estudios más recientes:

1. **Esencialista:** se basa en el carácter inmutable de la nación. Proviene del romanticismo y de autores como Herder. Considera la nación como una entidad natural, cuasi eterna, creada por Dios. Un lenguaje y una cultura particulares materializan el papel que cada nación debe desarrollar en la historia. Se acentúan los aspectos ideales y emocionales de la comunidad antes que sus dimensiones económicas, sociales y políticas.
2. **Ideología ligada a la modernización:** Gellner. Según él, las economías de los estados industriales necesitan de una supracultura (*high culture*) capaz de homogeneizar a una población alfabetizada a través de un sistema educativo controlado por el estado.
3. **Surgimiento de la conciencia nacional y construcción de la identidad nacional.** Smith y Anderson. Acentúan la importancia de la identidad nacional como el factor decisivo de las identidades y culturas colectivas de la actualidad. Según él, la necesidad de una inmortalidad y dignidad colectivas, el poder de la etnohistoria, el papel de las nuevas estructuras de clase y el dominio de los sistemas interestatales en el mundo moderno, aseguran la continuidad de la identidad nacional en la dirección de las lealtades humanas por mucho tiempo, aunque otras formas de identidad colectiva de gran escala pero menos firmes surgen al lado de las nacionales. Montserrat Guibernau considera el nacionalismo como una ideología relacionada con la emergencia y consolidación del estado-nación y que aparece ligada a las ideas sobre la soberanía popular y la democracia originadas en torno a las Revoluciones francesa y americana.
4. **Función psicosocial:** para Guibernau el nacionalismo es también un sentimiento que tiene que ver con la adhesión a un país de origen, una lengua, ideales, valores y tradiciones comunes, y también con la identificación de un grupo con una serie de símbolos (una bandera, una canción particular, una pieza musical o un dibujo) que lo definen como «diferente» de los demás. El apego a estos elementos crea una identidad y la apelación a esa identidad ha mostrado en el pasado y continúa mostrando en la ac-

tualidad un vigor inusitado que moviliza poblaciones enteras¹⁰. Para esta autora, el nacionalismo es sobre todo un fenómeno psicológico que supone un sentimiento de identidad entre los miembros de un grupo. Pero un fenómeno complejo, pues incluye otro tipo de factores y, desde luego, un fenómeno ambiguo. Por ello, hay autores que se centran en el aspecto positivo del nacionalismo relacionándolo con la democracia y el derecho a la autodeterminación, y hay otros que acentúan el aspecto negativo asociándolo al fascismo, al racismo y a la xenofobia. Para esta autora el nacionalismo es muy importante, porque expresa una necesidad básica y constitutiva del ser humano y sobre todo una función de integración social y psicológica. Son funciones de una «necesidad de pertenecer». Por eso el nacionalismo cobra fuerza cuando las naciones sienten la amenaza de ser aniquiladas y los países subdesarrollados necesitan luchar contra la explotación extranjera.

A continuación, mostraré la importancia del factor religioso en la compleja construcción de las identidades nacionales.

2. EL FACTOR RELIGIOSO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

El factor religioso está presente en el complejo proceso de constitución y pervivencia de una nación. Determinadas tradiciones de imágenes, cultos, costumbres, ritos y utensilios, así como ciertos acontecimientos, héroes, paisajes y valores llegan a constituir una fuente característica de cultura étnica que las sucesivas generaciones de la comunidad utilizarán de un modo selectivo.

Nacionalismos con trasfondo religioso ha habido siempre. Nada de extraño que se sigan dando hoy. En el curso de la historia los nacionalismos no sólo han considerado necesario apelar a los sentimientos religiosos de las masas, sino que también les ha resultado bastante fácil identificar la nación con la comunidad religiosa en aquellos casos en los que la comunidad religiosa define los límites de la comunidad étnica, como en Sri Lanka, Armenia, Polonia e Irlanda. El concepto de pueblo elegido, el apego apasionado a tierras y centros sagrados y la impronta

¹⁰ Cf. M. GUIBERNAU, *Los nacionalismos*, o.c., 53.

duradera de las lenguas y escrituras sagradas resultaron un legado perdurable para muchas personas desde finales de la Antigüedad hasta los tiempos modernos, manteniendo su sentido de exclusividad y sus esperanzas de regeneración.

En las comunidades premodernas son los sacerdotes, escribas y bardos, organizados en castas y gremios, quienes codifican y vuelven a contar y a representar las tradiciones. Organizados en hermandades, templos e iglesias, constituyen una red de socialización en las principales ciudades y en gran parte de las tierras vecinas.

Gracias a este tipo de mecanismos unificadores se fueron constituyendo núcleos étnicos diferenciados bastante unidos y autoconscientes que suponen el germen y la base de Estados y reinos en la Edad Media. En esta época hubo reinos y pueblos que llegaron a considerarse a sí mismos los «hijos de Israel» de su época, elegidos por Dios para llevar a cabo hazañas heroicas a través de gobernantes con inspiración divina; además, al ser comunidades de genealogía y costumbres comunes, tenían tierras y centros sagrados.

En Occidente algunos de los reinos bárbaros que se erigieron sobre las ruinas del Imperio Romano reivindicaban el prestigio del linaje troyano o el bíblico, o ambos. Entre los visigodos, sajones, francos y normandos surgió un mito de etnia elegida que sostenía que sus gobernantes eran los descendientes del rey David, y sus comunidades las herederas de Israel. En el otro extremo de Europa, desde el siglo x hasta el xii se fundaron reinos similares en Polonia y en Rusia. En cuanto a Gran Bretaña, la Iglesia puso los cimientos de una cultura e identidad nacional. Después, bajo la influencia puritana revivieron tres ideas fundamentales del nacionalismo hebreo: la del pueblo elegido, la de la Alianza y la de la esperanza mesiánica. La nación inglesa llegó a considerarse la nueva Israel¹¹.

Más tarde en la modernidad se irá gestando la nación Estado o el Estado nación. Y con ello emergerán múltiples formas de nacionalismos. El nacionalismo moderno, al nacer entre pueblos tradicionalmente cristianos, tomó muchas costumbres y modos de ser del cristianismo tradicional y los adaptó a sus necesidades. El Estado nación o la nación Estado se ha atribuido una misión de salvación y un ideal de inmortalidad. La nación se suele presentar como una hipóstasis subsistente. El nacionalismo tiene sus procesiones y peregrinaciones. Tiene también sus días santos. Tiene sus templos. La religión del nacionalismo se muestra

¹¹ Cf. H. KOHN, *El nacionalismo. Su significado y su historia*, Paidós, Buenos Aires 1966, 20.

intolerante con todos aquellos que disienten de ella. Así sucedió con la Revolución Francesa.

El progreso revolucionario del nacionalismo en Francia se vio acompañado de emblemas casi religiosos. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano fue una especie de catecismo nacional, y en la Constitución de 1791 se prescribió como obligación el acatar sus principios. Si alguien se negaba a prestarle juramento era proscrito de la comunidad por una excomunión civil; los extranjeros que le juraban lealtad eran admitidos en las filas de los fieles y entraban a formar parte de esa especie de comunión de los santos. En la primera sesión de la Asamblea Legislativa, en el otoño de 1791, «doce ancianos se encaminaron en procesión, para llevar el Libro de la Constitución. Regresaron encabezados por el archivero Camus, quien sostenía con las dos manos el libro, que apoyaba en su pecho, llevándolo a pasos lentos como un nuevo Santo Sacramento de los franceses. Todos los diputados se levantaron y se descubrieron»¹². En junio de 1792, la Asamblea decretó que «en todas las comunas deberá levantarse un altar a la Patria y en él estará grabado el texto de la Declaración de los Derechos, con la inscripción: «El ciudadano nace, vive y muere por la patria». En Estrasburgo se había introducido, dos años antes, un rito de bautismo civil, oficiado conjuntamente por un sacerdote, un ministro y un rabino. Al principio se trató de reconciliar la nueva religión del nacionalismo con la religión tradicional en Francia. Pero se terminó sacrificando a esta última.

En noviembre de 1793, Marie-Joseph de Chenier, el poeta, propuso a la Convención el establecimiento formal del nacionalismo como religión del Estado. «Arranquemos a los hijos de la República del yugo de la teocracia que aún pesa sobre ello —dijo— Libres de prejuicios y con dignidad para representar a la nación francesa, hallaréis la manera de cimentar en los restos de las supersticiones suprimidas la única religión universal que no tiene sectas ni misterios, cuyo único dogma es la igualdad, cuyos predicadores son los legisladores, cuyos pontífices son los magistrados y en la cual la familia humana únicamente quema incienso en el altar de la patria, que es madre común y divinidad».

Pero la diosa Razón resultó ser demasiado abstracta y lejana de los acontecimientos cotidianos de la Francia revolucionaria para poder obtener una adoración nacional permanente. Y bajo el influjo de Robespierre se fue reemplazando a la Razón por el Ser Supremo. Más tarde,

¹² C. HAYES, *El nacionalismo, una religión*, México, Hispanoamérica, 1960, 70-71.

con la instauración del Directorio, la religión oficial fue un cierto ceremonial de «cultura ética», la Teofilantropía.

Desde que el nacionalismo moderno hizo su aparición en Europa occidental, ha participado de la naturaleza propia de una religión. Ejemplo de ello son apóstoles tan diversos, como Milton o Bolingbroke en Inglaterra, los revolucionarios en Francia, el padre Jahn en Alemania y Mazzini en Italia. En el caso del nacionalismo polaco juega un papel importante la idea de Polonia como el «Cristo sufriente», figura mesiánica de la redención que impregna la poesía del gran poeta polaco Mickiewicz, se alía con el rol corredentor de la Virgen de Jasna Gora. La imagen étnico-religiosa del sufrimiento y de redención es esencial para entender la ideología y el simbolismo del nacionalismo polaco. Si nos trasladamos a Oriente, la invocación de héroes y deidades hindúes, como Shivaji y la diosa Kali, realizada por Tilak y sus seguidores, aunque se alejaba mucho de la ideología secular del nacionalismo en general, tuvo un papel fundamental en la creación de un nacionalismo hindú que seleccionó elementos únicos e inconmensurables de una nación genuinamente india. El nacionalismo tiene en todas partes un dios, que puede ser el protector de la nación o una personificación de la propia patria. Pide, como cualquier otra religión, no sólo la voluntad, sino también la adhesión del intelecto, la imaginación y las emociones. El intelecto construye una teología o una mitología especulativa del nacionalismo. Como todas las demás religiones, el nacionalismo es social, y tiene sus rituales públicos que se llevan a cabo en nombre de la comunidad y que tienen como fin lograr la salvación.

Así se explica las funciones criptorreligiosas que suele ejercer las diferentes formas de identidad nacional y, por consiguiente, los nacionalismos. Siguiendo a A. D. Smith indico las más importantes¹³:

1. La más importante es, quizás, la de dar una respuesta satisfactoria al problema del olvido personal. Identificarse con una nación en una época secularizada como la nuestra es, en el fondo, una forma de superar la irrevocabilidad de la muerte e intentar alcanzar un cierto grado de inmortalidad personal. Ni siquiera el Partido puede garantizar el cumplimiento de una inmortalidad, al final tiene que recurrir a la nación, ya que la historia del Partido es más bien breve y la nación en cambio ofrece un ancestral pasado histórico reactualizado en cada momento *sub specie aeternitatis*. Así la identidad nacional otorga una comunión espiri-

¹³ Cf. A. D. SMITH, *La identidad nacional*, Trama editorial, Madrid 1997, 146-150.

tual de historia y destino, rescata a las personas del olvido y restaura la fe de la comunidad.

2. **Comunión con los muertos y culto a los antepasados.** En este aspecto el nacionalismo se parece a las creencias religiosas que, como en el caso del sintoísmo, dan un enorme valor a la comunión con los muertos y el culto a los antepasados. Como en las religiones, las naciones y sus ceremonias conmemorativas reúnen a todas las familias que han perdido a alguno de sus miembros en la guerra u otros desastres nacionales y a todos los que recuerdan a los antepasados comunes, con el fin de que sean ejemplo del espíritu de autosacrificio que les inspirará un heroísmo semejante.
3. **Realización de un ideal de fraternidad.** Los nacionalistas suelen prescribir rituales y ceremonias para aglutinar a la comunidad étnica. Mediante los desfiles, las ceremonias conmemorativas, las celebraciones de los aniversarios, los monumentos a los caídos, los juramentos, las banderas, las elegías a los héroes y los días celebrativos de acontecimientos históricos recuerdan a los miembros de la comunidad étnica los sagrados vínculos que refuerzan la identidad nacional.

3. RELIGIÓN Y NACIÓN: UNA COMPLEJA INTERRELACIÓN DIALÉCTICA

Entre la religión y la nación se da una compleja y dialéctica interrelación. En efecto, la religión brinda al nacionalismo un soporte de fundamentación y/o (según los casos) legitimación trascendente, reviste al nacionalismo de un halo de sacralidad, o sea de numinosidad. Señala Berger que en las religiones se ofrece un universo simbólico totalizante de salvación que interpreta la realidad, explica el pasado y presente y anticipa el futuro, soslayando peligros anómicos, sobre todo, frente a situaciones límite.

En virtud de esta interrelación los nacionalismos constituyen hoy, al igual que las religiones políticas o públicas o de sustitución, expresiones secularizadas de actitudes religiosas o simbólico-rituales.

En este sentido es interesante la teoría de la religión de Durkheim para analizar el funcionamiento de los símbolos y de los rituales en las ceremonias que expresan sentimientos nacionales. Ya Durkheim señalaba que, cuando una misma comunidad o grupo social sostiene una convic-

ción de cualquier fuerza, ésta toma inevitablemente un carácter religioso. Lo que Durkheim observa en el simbolismo de las primeras sociedades humanas lo podemos trasladar al nacimiento de la realidad nacional, al calor de la revolución francesa, por ejemplo, a la definición de la nación como forma de identidad colectiva moderna que realiza el sacerdote Sieyes en su celebrado *Qu'est ce que le Tiers Etat?* de 1789. Se produce una transferencia de numinosidad de lo absolutamente Otro (de Dios) al «otro generalizado» (el pueblo de una nación, al clan en los términos de Durkheim), se sustituye así la presencia de seres sobrenaturales por una sacralización de la nación. Ésta aparece como el nuevo dios secularizado de nuestra época, generando sus propios altares sacrificiales, como han señalado R. N. Bellah, E. Gellner y J. R. Llobera, entre otros. Además, el nacionalismo como religión civil posee sus ritos, y éstos no se reciben exclusivamente a título individual sino que, como Durkheim subraya, constituyen lo que proporciona la unidad al grupo. Los individuos que componen el grupo se sienten vinculados unos a otros por el mero hecho de poseer una fe común. Una fe común requiere una «iglesia» y podría decirse que la nación cumple esa función y los intelectuales podrían ser equiparados a los sacerdotes. Los individuos que comparten la misma cultura se sienten ligados a un territorio concreto, poseen la experiencia de un pasado común y sostienen un proyecto para el futuro, necesitan crear ocasiones en las que enfatizar todo aquello que les une. Mediante los símbolos y los rituales compartidos, los individuos experimentan una emoción de una gran intensidad, procedente de su identificación con una entidad —la nación— que les trasciende y de la que se sienten parte activa. En estos éxtasis, los miembros de la nación son investidos de una vitalidad y una resistencia que puede llevarles a realizar acciones heroicas o crueles, con el fin de proteger el carácter sagrado, es decir, inviolable e intangible del Numen nación.

Teniendo en cuenta la compleja creación de la identidad nacional en la que los individuos se van identificando con símbolos que tienen el poder de unir y acentuar el sentido de comunidad, se entiende que la interrelación entre religión y nación sea dialéctica y polivalente. Nada de extraño que una interrelación tan dialéctica y polivalente haya derivado en no pocas ocasiones en una relación ambigua. Veamos por qué. Históricamente, las grandes religiones han jugado un papel importante en Europa occidental en claves antagónicas, en términos de apoyo mutuo o de contraposición a la identidad nacional. Esta ambigüedad se debe en parte a la ambivalencia funcional de lo sagrado (tremendo y fascinante, legitimador y deslegitimador, amar a la patria/matria y amar a

los otros, a los que no son de mi patria/matria...). Esta ambivalencia se expresa, por un lado como apoyo/legitimación de la identidad nacional al mostrar la dimensión trascendente de la nación y, por otro, como fuerza deslegitimadora y universalista desde la que se critica la exaltación del singular étnico.

1. *Apoyo mutuo entre religión y nación, legitimación recíproca e incluso confusión o cofusión al mostrar la dimensión trascendente de la nación.* Aunque las religiones universales pretendieron ir más allá de las divisiones étnicas y abolirlas, muchas coinciden en sus fronteras con las delimitaciones étnicas o nacionales, utilizándose el criterio religioso como elemento fundante en el proceso de discriminación y movilización —p. ej., católicos y protestantes en Irlanda del Norte o católicos, ortodoxos, musulmanes y judíos en los balcanes, etc.—. Por otra parte, en la modernidad el Estado sigue interesado en no pocos casos en recurrir a la religión y al nacionalismo como mecanismo de legitimación trascendente y supraindividual porque, de esa manera, se torna más fácil la movilización de los ciudadanos en la comunión de todos ellos en el Numen estatal. El Estado moderno, al metamorfosearse en una nación con sagrada autoconciencia, se erige como todo lo sagrado, en objeto de amor, de devoción, de pasión y de sacrificio.
2. *La religión también puede presentarse como fuerza deslegitimadora y crítica de los nacionalismos y del Estado.* Esto sucede cuando las religiones enfatizan la dimensión universalista e internacionalista, desde la que se critican las exaltaciones de los singulares étnicos. Es lo que acontece con las tendencias cosmopolitas, normalmente en las religiones seculares, o religiones civiles, donde se propone el deísmo o en aquellas religiones en las que se acentúa la dimensión universal, por ejemplo, en el catolicismo o en las propuestas de diálogo interreligioso como factor integrador de internacionalismo o la propuesta de una Europa unida sobre sus universales y comunes raíces cristianas. Pero también puede suceder que la religión se constituya en una fuerza deslegitimadora en el sentido de crítica o fuerza liberadora frente al poder del Estado. La religión puede llegar así a aliarse con el nacionalismo haciendo que éste se erija en un poder numinoso de liberación mesiánico frente al Estado al enfatizar los rasgos diferenciales y el potencial utópico y liberador de quienes se sienten oprimidos por las fuerzas del mal encarnado precisamente en Estados negadores de las características identitarias de las etnias.

Ante esta compleja y ambivalente interrelación entre religión y nacionalismos, es normal que la Iglesia Católica haya adoptado posturas diversas en función de las diferentes circunstancias históricas, tratando de armonizar la comunión universal de los hombres y mujeres de todas las razas, pueblos y naciones en un solo Señor Jesucristo con la inculturación y encarnación del mensaje evangélico en la pluralidad de lenguas, etnias, nacionalidades y diversidades culturales.

4. EL MONOTEÍSMO CRISTIANO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LAS NACIONES

Muy diversas han sido las formas en que la religión ha contribuido históricamente a la construcción de la nación y, en buena medida, al desarrollo del nacionalismo. Ahora quisiera considerar las religiones monoteístas y, en particular, el cristianismo para advertir que estas religiones han propiciado paradójicamente, a la vez, el nacionalismo, tal como ha quedado anteriormente señalado y, al mismo tiempo, al acentuar el universalismo, han fundamentado también el antinacionalismo y el supranacionalismo.

Según Adrian Hastings, hay siete factores que expresan históricamente el influjo del cristianismo en la construcción de las naciones europeas:

«Primero, la santificación del punto de partida; segundo, la mitologización y conmemoración de grandes amenazas contra la identidad nacional; tercero, el papel social del clero; cuarto, la producción de textos escritos en lengua vernácula; quinto, la provisión de un modelo bíblico para la nación; sexto, la Iglesia nacional autocefálica; séptimo, el descubrimiento de un destino nacional único»¹⁴.

Así resume Hastings los principales factores de influencia del cristianismo en la construcción de identidades nacionales. Según este autor el cristianismo influyó, por un lado, en la emergencia de la conciencia de las propias identidades y, a la vez, por otro lado, influyó en la construcción de una mentalidad universalista y policéntrica. Recordemos el modelo del imperio romano, renacido con Carlomagno y su continuación intermitente como Sacro Imperio Romano Germánico o como imperio papal a lo largo de la Edad media y de la Edad Moderna hasta el

¹⁴ A. HASTINGS, *La construcción de las nacionalidades*, Cambridge University Press, Madrid 2000, 232.

siglo XIX. El cristianismo ha fomentado la unidad internacional y el valor de lo supranacional desde el célebre texto paulino: «ni judío ni griego... ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (*Gal 3,28*). De este modo han convivido siempre de manera ambivalente el ideal cristiano del Estado universal con la diversidad, igualmente cristiana, de las diferentes naciones con sus peculiaridades.

Veamos el fundamento teológico de esta compleja interrelación dialéctica entre el nacionalismo y el universalismo. El monoteísmo cristiano, al profesar la fe en Dios uno y trino, confiesa que Dios es comunión: tres Personas distintas y un solo Dios verdadero. Con la categoría teológica de la comunión se expresa una común unión de personas que poseen atributos diferenciales, rasgos específicos, propios y, a la vez, una más profunda unión entre quienes son diversos. En Dios la diversidad tiende a la unidad y la unidad se manifiesta en la diversa pluralidad. Dios es fuente de la comunión entre las personas y los pueblos, pero no al margen de las peculiaridades idiosincráticas de cada una de ellas, sino precisamente en ellas. Comunión no es uniformidad, sino unidiversidad, uni-versalidad. Por eso el Dios cristiano es universal, se manifiesta a todos los pueblos, razas y naciones de la tierra. Jesucristo, el Verbo de Dios, al encarnarse, se ha unido en cierto modo a todo hombre y mujer, y podríamos decir, en consecuencia, a todo grupo humano, sea de la etnia que sea, porque todo ser humano es imagen y semejanza del Dios comunión. Y dado que la sociabilidad es constitutiva del ser humano, también su concreta e histórica vida comunitaria en una etnia, nación o grupo social, refleja el misterio de la Santísima Trinidad.

5. DIOS Y NACIÓN EN EL NACIONALISMO VASCO

El imaginario religioso católico ha estado siempre presente en el País Vasco desde los tiempos de su cristianización. Pero las reflexiones explícitas sobre las relaciones entre la divinidad y los rasgos de una identidad étnica vasca son más recientes. Remontándonos al siglo XVIII, los padres Larramendi, Astarloa y Moguel veían al euskera impregnado de una fuerte carga numinosa, establecen una identificación entre euskera y religión, imputando el carácter vivo del euskera a la energía creadora de Dios.

Josep Agustín Chaho, vascofrancés en el siglo XIX construye en 1835 la siguiente analogía: Abraham/Padre universal, sublime de Israel; Aitor/Padre universal, sublime del Pueblo Vasco. En su pensamiento, el

mito de Aitor se coaliga con creencias deístas, teosóficas y ocultistas que hacen ver a los vascos como pueblo elegido por la deidad para acaudillar la nueva cruzada que reinstaurará la primitiva revelación y la religión de la verdad.

Sabino Arana concibe la nación vasca desde una perspectiva esencialista, providencialista y tradicionalista. La concibe como una entidad natural y objetiva, viva, orgánica, creada por la mano de Dios y a su servicio, anterior y superior a los hombres, creada por la mano de Dios y a su servicio:

«Por patria se entiende... la sociedad, pueblo o nación o gran familia a que por naturaleza —aquí en naturaleza no se lea nacimiento— pertenezca uno, constituida y organizada en orden al santo fin de toda sociedad de hombres... Dios, fin, último de todas las cosas»¹⁵.

Para Arana el fundamento de la idea de nación es Jaungoikoa (Dios). Arana construye un nivel de trascendencia en tres planos que se expresa en «Nosotros para Euzkadi y Euzkadi para Dios» («Gu Euzkadirentzat ta Euzkadi Jaungoikoarentzat») El imaginario social religioso católico sirve de elemento simbólico de legitimación, en última instancia, para configurar una comunidad imaginada política (Euzkadi, el pueblo elegido) a su servicio, en la cual están integrados los miembros. Esto se traduce en una sacralización de la política (Jaungoikoa eta Lagizarrak).

Con Krutwig asistimos a un cambio radical en esta cuestión. Este autor subrayará el paganismo como esencia del pueblo vasco, tardíamente cristianizado. Según él, si Euskadi hubiera tenido una religión nacional, al estilo judío o armenio, habría servido a la defensa de la etnia vasca, pero en este caso la religión no es un factor diferencial que permite separar al pueblo vasco de sus oponentes. Desde él, buen vasco equivale a ser euskaldun, revolucionario y anticlerical¹⁶.

A mediados de los setenta el nacionalismo radical, tal como señala la socióloga Izaskun Sáez de la Fuente en su rigurosa obra *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución*, suministra referencias doctrinales, simbólicas, míticas y rituales que satisfacían funcionalidades de carácter religioso. Facilita un objeto de culto, el Pueblo Vasco, oferta de cosmovisión con una teodicea. Qué es Euskadi, por qué se encuentra en una situación de ocupación, quiénes son los enemigos a combatir en la causa vasca, quiénes son los mártires, aporta una ofer-

¹⁵ S. ARANA, *Baserritarra* 1897, n. 4: 1, 88.

¹⁶ Cf. I. SÁEZ DE LA FUENTE, *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución*, Desclée, Bilbao 2001, 126.

ta de salvación inmanente y colectiva. Presenta unas pautas de conducta normativas, que discrimina entre lo sagrado y lo profano, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto¹⁷.

En los ochenta JARRAI se erige en una religión de sustitución, pero no tanto por lo de abertzale cuanto por lo de izquierda en el sentido marxiano más integrista, fundamentalista y rancio. Ya en su día el marxismo fue considerado una religión de sustitución:

«Nuestros objetivos son imparables porque son verdaderos, forman parte de la locomotora de la historia; son irrenunciables, porque en la consecución... del Estado socialista, Independiente, Reunificado y Euskaldun, ... nos va la supervivencia como Nación (...) la verdad como táctica de la Revolución... la verdad como el futuro que nos pertenece»¹⁸.

En los noventa se sigue enfatizando el ejército de muertos por Euskal Herria, es una especie de éxodo, la marcha hacia la conquista de la libertad, el sacrificio y el martirologio subraya el carácter purgativo, autoafirmativo y regeneracionista de la violencia¹⁹. El Movimiento de Liberación Nacional Vasco supone así, para la socióloga Sáez de la Fuente, una religión de sustitución. Para ella hay un modelo de sacralidad que subyace en dicho movimiento:

«El colectivo de la izquierda abertzale (IA) y sobre todo los jóvenes, han agudizado el proceso de secularización, de vaciamiento de la religiosidad institucional tradicional y de trasposición de creencias»²⁰.

En su obra señala a las comunidades nacionales como rostros modernos de la religión y el origen, dinámica del discurso, de las prácticas y de la comunidad del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). El MLNV operaría una reestructuración del imaginario religioso que se traduce en la dramatización de realidades ya presentes en el nacionalismo tradicional y en la sacralización de elementos cuantitativa y cualitativamente diversos. Su tesis parte del análisis del universo simbólico que convierte a la izquierda abertzale en uno de los sectores político-sociales más secularizados de nuestro entorno.

«Mediante una operación de transferencia, su objeto de culto es el Pueblo, Euskal Herria... Su praxis normativa, fundamentada en la re-

¹⁷ Cf. *Ibidem*, 149.

¹⁸ *JARRAI* en Garraxika 1988, n. 7: 5-8.

¹⁹ Cf. I. SÁEZ DE LA FUENTE, *o.c.*, 180.

²⁰ *Ibidem*, 28.

sistencia, en la victimización y en el martirologio, prioriza los derechos comunitarios sobre los individuales y otorga al grupo la competencia exclusiva para discernir lo bueno de lo malo»²¹.

También le caracteriza la liturgia movilizadora, con actos donde domina la memoria colectiva litúrgica, que promueve la cohesión intracomunitaria y da sentido al grupo. ETA se erige en representante del Pueblo Vasco, en mediación sagrada que facilita el camino para su salvación²². Se coloca a ETA en la cúspide como grupo mesiánico que debe salvar al pueblo oprimido.

El Pueblo Vasco articula un sustrato de trascendencia, pero secularizado, como entidad sacral, sujeto orgánico, supraindividual, intergeneracional de una verdad genérica, infinita, infalible e indivisible, su propia lógica de liberación nacional y social se halla ínsita en los mecanismos de la historia. Aparece como comunidad de creyentes que actualiza periódicamente el ser sacro a través de un compromiso fideísta con su causa, sin margen para la herejía²³. Definirse y sentirse sólo vasco tiene un alcance misionero, exige la continua movilización para romper con la apatía de las masas que han renegado de la fe, de la nación de sus antepasados y conseguir la extensión de la conciencia colectiva²⁴. Hay también una secularización de arquetipos éticos de origen religioso, como la autoinmolación resistente por la salvación del pueblo, el mesianismo utópico y escatológico, los binomios matar/morir y conmigo/contra mí. Hay una dimensión litúrgica con ritos iniciáticos, positivos y negativos: Iniciáticos: para entrar en la comunidad de JARRAI hay que efectuar una ruptura de nivel con el entorno español circundante y opresor, interiorizar pautas diseñadas en panfletos, libros de premilitancia y propaganda interna. Entre los ritos positivos, la conexión memorial litúrgica con los gudarís del 36, la reivindicación de los derechos de los presos y las efervescencias colectivas de las manifestaciones.

Ciertamente en los planteamientos del MLNV subyace un trasfondo de religión civil secularizada, que vacía la religiosidad del nacionalismo tradicional moderado. Pero la causa en mi opinión no es el nacionalismo, sino la asunción del marxismo clásico en su versión más integrista, fanática, fundamentalista y rancia. El MLNV puede ser considerado como una

²¹ Ibidem, 30.

²² Cf. Ibidem, 30.

²³ Cf. Ibidem, 275-276.

²⁴ Cf. Ibidem, 277, 279.

religión de sustitución, pero no tanto por lo que tiene de abertzale sino por lo que tiene de pretendida izquierda marxista integrista.

Como señala C. H. Hayes, el comunismo ha tenido desde Karl Marx y sobre todo desde la Revolución Rusa de 1917 un atractivo tan religioso como económico. Aunque se presenta como materialista y ateo, promete un paraíso terrenal. Tiene sus santos y sus mártires, sus doctores y herejes. Se propaga con gran celo y exige de sus adeptos una lealtad exclusiva. Ha sido en su versión clásica, integrista y fundamentalista intolerante hacia cualquier otro credo político o religioso²⁵. Y este mismo autor sostiene que el marxismo-leninismo no se hubiera extendido históricamente si no se hubiera aliado al nacionalismo. El nacionalismo le presta ese carácter cálido y piadoso que falta al comunismo, le aporta emoción, pasión. Otorga satisfacción al anhelo de libertad e inmortalidad, relaciona al individuo con el pasado histórico de su nación y lo identifica a él y a sus descendientes con la vida futura de la misma. Marx no era nacionalista, sino internacionalista. Pero ha tenido seguidores nacionalistas. Puede mencionarse a Eduard Bernstein, en Alemania, y Jean Jaurès, en Francia²⁶. El MLNV lamentablemente toma un marxismo rancio, integrista, inquisitorial, fanático, degradado y vivido como cruzada, como guerra santa que inmola todas las personas que hagan falta a la mayor gloria del dios patrio.

Así opina también el filósofo Vicente Carrión. Y comenta:

«Por mucha conexión que en su día hubiera entre ETA y los seminarios, tendemos a pasar por alto que el abertzalismo radical ha bebido en las fuentes del marxismo revolucionario más que en ningún otro abrevadero, y en su cóctel ideológico ha cogido todo lo peor de los movimientos contestatarios de la segunda mitad del siglo xx»²⁷.

Frente a este imaginario nacionalista exclusivista, fanático, que lleva a cabo una violencia a modo de guerra santa, es preciso abandonar una defensa sacralizadora del carácter absolutizante y totalizante sea del nacionalismo sea del antinacionalismo (repito abandonar una defensa de tipo absolutizante y totalizante). Ni uno ni otro deben ostentar atributos que sólo pertenecen a Dios, el único Santo y Absoluto, el Totalmente Otro: «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». La sa-

²⁵ Cf. C. J. H. HAYES, *El nacionalismo, una religión*, México, UTEHA-Hispanoamérica, 1960, 20-21.

²⁶ *Ibidem*, 21-22.

²⁷ V. CARRIÓN, «Arrogancias intelectuales», *Diario El Correo*, Bilbao, 9 de julio de 2002.

cralidad no es atributo ni del nacionalismo ni del antinacionalismo, sino sólo de Dios, origen y comunión solidaria de todos los seres humanos, sea de la nación que sean.

CONCLUSIONES

1. El Dios cristiano no es un Dios solitario, sino un Dios solidario, universal, que ama a todos los pueblos y en cuanto comunión intratrinitaria llama a todas las naciones a la comunión universal en Cristo que vino a hacer de todos los pueblos uno solo.
2. El cristianismo está llamado a manifestar, por un lado, la patria común hacia la que todos los seres humanos caminamos y, por otro lado, a hacer presente el mensaje de Cristo inculturándose en las coordenadas espacio-temporales de cada nación, etnia y pueblo, teniendo en cuenta la singularidad e idiosincrasia particular de cada uno de ellos.
3. La fe en Dios debería ayudar a superar los conflictos violentos derivados de las absolutizaciones y sacralizaciones de las nacionalidades y de los poderes estatales. El papa Juan Pablo II en un discurso ante el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, el 15 de enero de 1994, advertía de que nos encontramos ante un nuevo paganismo: la divinización de la nación y que, siempre que el cristianismo se convierte en el instrumento de un nacionalismo o de un estado, queda herido en su propio corazón y se torna estéril.
4. Por ello una gran contribución del cristianismo hoy en este tema es la de mostrar que por encima de las nacionalidades y de los estados está Dios, Padre de todos, de quien procede toda patria en el cielo y en la tierra. En su Hijo Jesucristo nos recuerda que la humanidad es la patria común de todos los hombres y mujeres y que la fraternidad universal debe seguir inspirando todos los proyectos humanistas, religiosos y cristianos.